

Ya vamos quedando pocos, pero todavía algunos recordamos el catecismo de nuestra niñez, "el Astete" como era popularmente conocido y que se había escrito en el siglo XVI, aquel que nos acostumbró a hacer tres cruces –en la frente, para librarnos de malos pensamientos; en la boca para evitar las malas palabras; y en el pecho para huir de las malas obras y deseos- y que nos enseñó que, para combatir a los enemigos del alma de que nos hablaba la epístola a los Gálatas (mundo, demonio y carne), había que esgrimir armas de alegría, paz, magnanimidad, afabilidad, bondad o confianza. Y, como eficaces remedios, practicar las obras de misericordia, las que nos exigen atender al hambriento, al sediento, al enfermo, al desnudo, al preso y al forastero, amen, como es lógico, de enterrar a los muertos. Y, en el ámbito del espíritu, enseñar al que no sabe, corregir los errores y dar buen consejo al que lo ha de menester, aparte de una acción positiva que es tanto como perdonar las injurias o sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestro prójimo. No quiero seguir con estas evocaciones que, para nuestra desventura, sonarán a música celestial y, hoy, algunos asemejarán a esa especie de relajación musical para la sanación y meditación que persiguen tradicionales disciplinas, como el relax, el yoga o el reiki...

Pero, la verdad es que no es conveniente desviar la atención de acontecimientos tan importantes como el histórico acuerdo de París sobre el clima para reducir las emisiones de gas efecto invernadero y rebajar la temperatura del planeta, lo que "requiere un esfuerzo coral" en el futuro como ha puntualizado Francisco. O, sin ir más lejos, el acuerdo – malaya la hora- europeo para crear una nueva policía de fronteras capaz de intervenir en caso de urgencia, plan con el que Bruselas intenta resolver lo irresoluble, la crisis de refugiados y migratoria proveniente de Oriente Medio y su efecto llamada.

Y es que, de llamada, nada, y menos, de acogida. Ha pasado el tiempo de adviento y seguimos inanes ante los vientos de libertad, ante la ternura de la cercanía, sin saber cantar de esperanza y misericordia en esta tierra –de todos- maltrecha por el uso irresponsable. En esta tierra de olivos, a la que otros vienen buscando sobrevivir y se encuentran –me lo contó el martes pasado un senegalés en el encuentro de Círculo de Silencio a la puerta del Centro de Acogida- con que sólo le permiten trasnochar dos días en el albergue... pese a que no está al completo. Son las normas, no faltaba más. Los sujetos a las reglas son hermanos, de distintas culturas y religiones, que buscan un hueco en la tierra de todos y huyen del hambre y de la guerra

En el ámbito de la espiritualidad, no sé si algo cambiará por efecto de la reciente apertura por el Papa Francisco de la Puerta de la Misericordia –reiterada en nuestra Catedral- como signo de una Iglesia que en este año se abre al mundo y sale de sí misma para atender a los descartados. Lo que, dicho sea de

Misericordia

Escrito por Salvador

Lunes, 21 de Diciembre de 2015 13:32 -

paso, está recibiendo más impedimentos de los deseados, a la vista de la débil disponibilidad de parte de la curia pontificia y el mundo que la rodea a asumir las nuevas –viejas, como la de los primeros cristianos- propuestas del Papa. Pero, en todo caso, rompamos una lanza por la utopía y, en la cercana Navidad –ahora hay que tener cuidado: es más correcto hablar de tiempo de descanso y, si acaso, de despilfarro post crisis-, denunciemos todo tipo de muros y puertas cerradas, olvidémonos de las cámaras de vigilancia y los sensores preventivos. Por el contrario, abramos ojos de misericordia y prestemos oídos al corazón. Ante la indiferencia, alcemos la voz contra el dolor de los empobrecidos, de los que nada valen, de los que deambulan desorientados, de los desposeídos de lo más íntimo –su dignidad de hombres- y salgamos a su encuentro.

Navidad es tanto como misericordia, la palabra clave, la viga maestra. La misericordia es el núcleo porque se muestra como la fuerza que todo lo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón. Estamos llamados a vivirla porque, antes, se nos ha aplicado. Entonces, el rencor, la rabia, la violencia, la venganza, el olvido se alejarán de nosotros. Hagamos caso al de Éfeso: “¡No permitáis que la noche os sorprenda enojados!”

¿Será aún posible la paz entre los hombres de buena voluntad? Merece la pena intentarlo. Y es lo que deseo a mis pacientes lectores: la paz y la alegría de la misericordia.